

NACE UN PERIODICO «LIBERATION»

En estos tiempos en que soplan en el mundo de la prensa continuos vientos de crisis, la aparición de un nuevo periódico no deja de constituir un acontecimiento. Acontecimiento do-

blemente singular, pues el periódico que saldrá a la calle en Francia el lunes 5 de febrero, «Libération» —título que evoca de inmediato el periódico de idéntico nombre que, dirigido por Emmanuel D'Astier, apareció en Francia después de la última guerra— está destinado a ser, según sus responsables, algo así como un antiperiódico. En él colaborará un equipo de sesenta personas, integrado por periodistas profesionales y escritores de prestigio, como Jean-Paul Sartre y el estructuralista Michel Foucault, entre otros.

Pero la principal característica de «Libération» es su pretensión de convertirse en una auténtica tribuna abierta a la participación de toda la población. Los responsables del periódico —comunistas antidogmáticos— piensan, en efecto, que solo mediante una participación activa en el proceso de información puede el pueblo llegar a liberarse. Si lo que aún queda en pie de la ideología burguesa puede seguir resistiendo todos los embates, ello se debe a lo que podríamos calificar de «cultivo» del secreto.

El equipo de «Libération» pretende, con ayuda de toda la población, denunciar y desenmascarar las mentiras y contradicciones del «establishment». «Libération» no obedece a ningún grupo de presión ni será un periódico militante o partidista, sino un testimonio fiel y objetivo de los problemas del hombre de la calle: vivienda, salud, alimentación, luchas sindicales, etcétera. El futuro periódico, que será financiado por los mismos lectores, ha abierto a tal fin una suscripción popular.

Al levantarse el telón aparece una gran explanada, al fondo de la cual se levanta una inmensa fortaleza de recios muros y almenadas torres. Asoman por sus troneras las bocas de los cañones que la defienden. La fortaleza está adornada con banderas y gallardetes, como si dentro de ella se celebrara una fiesta. Pero su puerta y las escasas ventanas que se abren en el muro aparecen cerradas a cal y canto. Del interior surgen los acordes de una marcha triunfal interpretada por banda y coros.

Coro del castillo: ¡Seremos la octava potencia industrial del mundo! ¡Pasaremos a la pérfida Albión!

(Entran paseando por uno de los lados de la explanada el Viajero y su Cicerone, los cuales se detienen ante el castillo.)

El Viajero: Me habéis mostrado, señor Cicerone, muchas maravillas de este país. Pero no me habíais hablado de esta sólida fortaleza, sin duda digna de ser visitada. Y más en ocasión de una fiesta tan señalada como la que parece estar celebrando en el castillo.

El Cicerone: No se trata, señor, de ninguna fiesta. Los cantos que escucháis son las expresiones triunfales que usualmente y a todas horas surgen de sus murallas. Oid.

Coro del castillo (cantando): ¡Marchamos inexorablemente hacia los dos mil dólares de «renta per cápita»!

El Viajero: Notable castillo, a fe mía. Mas vos parecéis tan habituado a él que ni siquiera pensabais mostrarlo a quien como yo os paga espléndidamente vuestros servicios. Confesadlo.

El Cicerone: Lo confieso, señor. Ocorre aquí con el castillo lo que ocurre en todas partes con el paisaje. No reparáis en él a fuerza de tenerlo delante.

El Viajero: Pero esos cantos... ¿No son suficientemente vigorosos para llamar la atención del más sordo?

Coro del castillo (cantando): ¡El desarrollo político y el desarrollo económico se producen de consuno en nuestra vida colectiva, de manera que puede decirse que marchan armónicamente unidos! ¡Chin pum!

El Cicerone: El oído, señor, como cualquier otro órgano humano, tiene una gran capacidad de aclimatación al ambiente.

El Viajero: Mas, ahora que caigo en la cuenta, ¿cómo es posible que, a pesar de la euforia que estos cantos denotan, per-

manezcan cerradas en el castillo puertas y ventanas? ¿Es que acaso algún motivo de tristeza o pesadumbre embarga a sus dueños?

El Cicerone (confundido, bajando la cabeza): Señor, no sé si debo...

El Viajero: ¿No sois mi guía? ¿A qué esperáis entonces para aclararme este enigma?

El Cicerone (vacilante): Señor, el castillo lleva muchos años cerrado...

El Viajero: Lo cual no impide que esté adornado con miles de banderas y gallardetes y que en su interior suene la música. Atadme, señor guía, esas moscas por el rabo.

El Cicerone (rascándose la cabeza): Mirad, ilustre viajero. Este castillo tiene una forma muy peculiar de estar cerrado. Le ocurre como a esos cristales que por un lado son transparentes y por el otro opacos. Quiero decir que sus puertas están cerradas para los de fuera y abiertas, en cambio, para los de dentro.

El Viajero: Explicaos. Ardo en deseos de conocer el ingenioso mecanismo que tal cosa permite.

El Cicerone: ¡Ardua tarea!

El Viajero: ¡Os daré doble soldada!

El Cicerone: Veréis, señor. ¿Adivináis a mitad del muro, por aquella parte, una pequeñísima brecha abierta en su recia fábrica?

El Viajero: Aunque ínfima, puedo percibirla.

El Cicerone: Eso es lo que se llama «un cauce».



ENTREMES KAFKIANO DE LA APERTURA Y EL CIERRE

El Viajero: ¿Un cauce? Extraña figura.

El Cicerone: Un cauce para la participación de los ciudadanos en las tareas públicas.

El Viajero: Novedoso concepto.

Coro del castillo (cantando): ¡Las legítimas opiniones y lícitos pareceres de los ciudadanos encuentran un adecuado cauce para expresarse en nuestro ordenamiento jurídico!

El Cicerone: Es evidente que la existencia del cauce no estaría justificada si las puertas estuvieran abiertas.

El Viajero: Pero decíais antes que las puertas están cerradas para los de fuera y abiertas para los de dentro.

El Cicerone: Quería decir que solamente se abren desde dentro. De hecho, algunos de los que se encuentran intramuros se muestran partidarios de hacerlo, con las debidas cautelas, dicen, y a menudo se oyen discusiones entre los pobladores del castillo a este propósito.

El Viajero: ¿Y cuál es ahora la opinión que prevalece?

El Cicerone: Eso depende, señor.

El Viajero: ¿De qué depende?

El Cicerone: Depende de la interpretación que den los hermeneutas a ciertas discrepancias o contradicciones que parece haber habido últimamente.

Coro del castillo (cantando): ¡No hay contradicciones ni puede haberlas! ¡No las ha habido nunca! ¡Naranjas de la China!

Segundo coro del castillo: ¡Sí las hubo. Y notorias! ¡Lean y lo verán!

Primer coro del castillo: ¡Fueron confirmaciones de lo dicho y en ningún momento existió discrepancia!

Segundo coro del castillo: ¡Sí existió! ¡Viva la apertura!

Primer coro del castillo: ¡Viva el cierre!

El Viajero: ¡Tremendo cisma!

Segundo coro del castillo: ¡Abrid nuevos cauces para permitir la participación de los ciudadanos en el quehacer público!

Primer coro del castillo: ¡La participación de los ciudadanos está plenamente garantizada en el marco de nuestras instituciones!

Segundo coro del castillo: ¡Abrid nuevas brechas!

Primer coro del castillo: ¡Reforzad las trancas!

El Viajero (mirando inquisitivo al Cicerone): ¿Qué pasará?

Cae rapidísimamente el telón.